

LECTURA CATEQUETICA DEL DOCUMENTO DE SANTO DOMINGO

*Francisco Merlos A.**

Al acercarnos al Documento de Santo Domingo (SD) con mirada catequética hay una sorpresa inicial: la catequesis no mereció un apartado especial, ni un énfasis particular. Fue diluida en todo el documento.

La sorpresa es aún mayor si consideramos la rica tradición catequética del Continente, confirmada no sólo por su historia, sino también por documentos como Medellín, Puebla o la Primera Semana Latinoamericana de Catequesis. De igual modo si pensamos en los millares de catequistas que desde siempre han estado perseverantemente presentes con su palabra eficaz y su testimonio callado en todos los ámbitos eclesiales de América Latina. En los últimos cinco años se han celebrado congresos o semanas nacionales de catequesis en Brasil, Argentina, Bolivia, República Dominicana, México, Honduras, Paraguay, Costa Rica y otros países.

Dicha sorpresa se acrecienta si valoramos la reciente aparición del Catecismo de la Iglesia Católica que nos deja entrever en su intención profunda, la relevancia que se quiere dar a la catequesis como ministerio esencial de la comunidad cristiana y servicio a la evangelización de nuestro tiempo¹.

Es posible que esta ausencia se deba a los límites y criterios impuestos por el método de elaboración del mismo documento. Se pedía, en efecto, que fuese sintético, breve, conciso, no muy extenso. Tal vez se pueda atribuir a la escasa sensibilidad catequética de la Comisión de Redacción final hacia este quehacer de Iglesia. Quizá pueda entenderse también como reflejo de la poca información y el poco contacto con quienes están comprometidos en este ministerio².

De cualquier forma la catequesis no resplandece en SD, cosa que decepcionó a no pocos catequistas y responsables de la catequesis latinoamericana.

* Sacerdote diocesano. Experto en pastoral y catequética. Profesor del ITEPAL y de la Universidad Pontificia de México. Mexicano.

1. Juan Pablo II. Discurso de aprobación del Catecismo de la Iglesia Católica, 25 de junio de 1992. Prólogo al Catecismo Nos. 4 al 10.
2. En los documentos preparatorios a la IV Conferencia la catequesis ocupó un lugar destacado. Documento preparatorio pág. 128. Documento de consulta pág. 173; Prima Relatio pág. 69, Secunda relatio pág. 70; Documento de trabajo pag. 55.

Ciertamente SD hace referencia varias veces a las tareas catequéticas: habla de la catequesis 16 veces en forma explícita y 2 en forma implícita, 5 veces mencionó a los catequistas y una vez alude a los catecismos³. Pero el tratamiento que hace de estos temas no supone un avance significativo, ni menos la novedad que la Nueva Evangelización espera de la catequesis.

En el conjunto de SD la catequesis aparece como un tema disperso. Lo que puede significar: o que ella guarda una estrecha relación con las restantes mediaciones pastorales; o que tiene escasa importancia pues no se le dio la amplitud que requería.

Como dato histórico -del cual fui testigo-, conviene señalar que hubo en la IV Conferencia varios pastores sinceramente preocupados por dar a la catequesis una especial acentuación. Se la quiso situar en la acción evangelizadora de la Iglesia, destacándola como ministerio perteneciente a la esencia teológica de la comunidad cristiana. Había la intención de recapitular los logros de la catequesis latinoamericana de los últimos años, pero también la de hacer nuevos planteamientos capaces de suscitar creatividad y estímulo renovador en un momento en que se enfrentan los graves desafíos de la última década del siglo. La pregunta era: ¿qué aporte singular ha de dar la catequesis en una coyuntura como la que nos ha tocado vivir?⁴

Varios obispos expertos en catequesis formaron parte de la Comisión de Estudio No. 4, cuyo tema central era el Profetismo, donde aquélla ocuparía un lugar eminente. Entre ellos, tres ex-presidentes del DECAT (Departamento de Catequesis del CELAM), dos experimentados obispos responsables de la catequesis en Brasil y México, dos competentes pastores escrituristas y un miembro de la Secretaría para la Redacción del Catecismo de la Iglesia Católica.

El tono de nuestros diálogos en esta Comisión, los aportes redactados y la intensidad del trabajo se hicieron con vistas a dar un lugar destacado a la catequesis en el documento final. Todo esto reflejaba no sólo clarividencia, sino también sensibilidad catequética, fruto de la experiencia probada y de la sabia reflexión. Algunas propuestas presentadas por la Comisión No. 4 fueron incorporadas al documento en la forma indicada, pero ello dejó un sentimiento de insatisfacción de varios de sus miembros.⁵

3. Catequesis Nos. 19, 33, 41, 49, 50, 80, 101, 142, 156, 189, 221, 225, 229, 239, 256, 194, 302 y 303. Catequistas Nos. 19, 41, 45, 49 y 265. Catecismo No. 49.

4. Es notable la cantidad de desafíos que SD señala en sus diversas partes y capítulos. Pueden consultarse.

5. Miembros de la Comisión No. 4 (Arg.) Mons. Emilio Bianchi; (Bra.) Albano Cavallin, Clovis Frainer, J. Luis Ascona, Paulo E. de Andrade, Ma. Concepción Gonçalves V.; (Col.) Fabio Marulanda, José de Jesús Pimiento; (Ecu.) Antonio González Z.; (Ita.) Alberto Bovone; (Méx.) Rafael García, Andrés Corral, Francisco Merlos; (Par.) Felipe S. Benítez.

Estas vicisitudes padecidas por la catequesis nos han movido a explicitar las más profunda vertiente catequética contenida en SD. Queremos desentrañar la riqueza que fecundará a la catequesis en su diálogo con la Nueva Evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana, interpretadas desde la clave central del documento, que se expresa en el lema bíblico: "Jesucristo ayer, hoy y siempre" (Heb 13,8).

Pretendemos hacer una lectura catequética de SD, leer el documento desde la óptica de una Iglesia que mantiene vigente la tarea de llevar a plenitud la fe mediante un permanente proceso pedagógico.

Esta óptica (perspectiva, enfoque o visión) quiere fundarse más concretamente en un ministerio que tiene criterios, leyes, objetivos, recursos, modalidades y espacios que están en la base de su identidad eclesial.

Un documento puede leerse desde perspectivas diversas, según la intención que se persiga (bíblica, teológica, social). En el intento puede haber riesgos de distorsión por no haber sido pensado el documento en esa perspectiva. Sin embargo, puede ser también un válido y legítimo esfuerzo de asimilación desde un campo bien determinado y esto es lo que nos ha conducido a hacer la presente reflexión, recordando a todos los que están involucrados en los distintos niveles de la obra catequizadora de la Iglesia Latinoamericana: pastores, catequistas, formadores, responsables y coordinadores, celebradores de la Palabra, catequetas, en fin, todos los obreros de la Palabra catequética.

Lo haremos en seis partes. Cada una será comentada desde el espíritu que hay en SD, punto de llegada de una caminata de fe que dura ya 500 años, y punto de partida de un peregrinaje que se abre al Señor de la historia.

1. LA CATEQUESIS EN LA HISTORIA DE LA FE LATINOAMERICANA

El ingreso del Evangelio en la historia de los pueblos amerindios marcó para ellos un rumbo inédito. Una fuente nueva de inspiración se dejó sentir en su entorno. El Evangelio proclamado como proyecto de vida entró en diálogo con los proyectos históricos de las culturas autóctonas del Continente. Cosmovisiones y valores, comportamientos, motivaciones y relaciones vitales se entrelazaron dolorosamente con la Buena Nueva para forjar un proyecto común. El Evangelio se hizo historia americana y la historia de estos pueblos se revistió del rostro del Evangelio.

SD hace una constatación histórica al decir que la obra evangelizadora, inspirada por el Espíritu Santo, fue desde sus inicios una tarea conjunta de todo

el Pueblo de Dios, teniendo en los catequistas autóctonos instrumentos privilegiados (SD 19). La mirada retrospectiva de la historia nos induce a descubrir la vigencia de valores sustanciales que deben conservarse, actualizarse y potenciarse.

Tres aspectos llaman la atención al considerar la catequesis en el marco de la historia latinoamericana de la fe:

La catequesis se manifiesta como ministerio que consolida la evangelización

En la dinámica de la predicación evangélica siempre estuvieron estrechamente vinculados el anuncio inicial del Evangelio con la enseñanza gradual. El Kerigma con la Didascalia, la proclamación inaugural de la Buena Nueva para la conversión con la asimilación progresiva del mensaje para el testimonio de la vida (Hch 2, 14-42). Y ello no sólo en sentido cronológico, sino principalmente teológico y pastoral: Por un lado la Palabra hace su obra de penetración que transforma lentamente el corazón de los individuos y de los pueblos, y por el otro se requiere potenciar las virtualidades de la conversión para adquirir la madurez en el seguimiento de Jesús. Esta es una práctica tan antigua como la misma Iglesia (Cfr. CT 10-17).

La primera evangelización americana estuvo necesariamente acompañada de una primera catequesis. A la predicación inicial del Evangelio para implantar la Iglesia seguía naturalmente una catequesis que desarrollaba la conversión y fortalecía la comunidad cristiana en los pueblos nativos.⁶

La intención profunda de este procedimiento misionero no era otra que la de arraigar progresivamente los valores cristianos, forjar gradualmente una existencia animada por el Evangelio y suscitar comportamientos que expresaran el seguimiento de Jesús al estilo de esos pueblos.

El hecho de que esa catequesis fuese marcadamente doctrinal sólo refleja las mentalidades y los usos catequísticos de la época, pero de ninguna manera invalida aquella intención.

La catequesis nace creativa

Durante los primeros cuatro siglos de evangelización, el siglo XVI es considerado como la época de oro de la creatividad catequética, sobre todo en lo que se refiere a la elaboración de catecismos, que por otra parte son indicadores

6. Ver Historia General de la Iglesia en América Latina CEHILA Vol. V. Ed. Paulinas, México 1984. Métodos Misionales, págs. 19-27. La Conquista de México, Ricard, México 1986. Catecismos Americanos del S. XVI, 2 Vol. Luis Resines. Junta de Castilleja y León, España., 1992.

de lo que ocurría en otros ámbitos. Los testimonios son abundantes.⁷

Los evangelizadores de la primera hora experimentaron enormes dificultades para realizar su labor misionera. Se enfrentaron a desafíos desconocidos que les obligaron a crear modelos catequéticos, métodos, lenguajes (música, canto, teatro), formas de organización y en general expresiones nacidas del contexto socio-cultural de los pueblos recién evangelizados.

Los misioneros formaban parte de una empresa militar y política que les acarrea grandes dificultades para realizar su labor específicamente misionera. A muchos no les resultaba fácil distinguir entre conquista y evangelización. Su mentalidad era la del europeo acostumbrado a una Iglesia de cristiandad. El rey era visto como enviado de Dios para defender la fe con la fuerza de las armas. Muchos nuevos problemas se les plantearon: se preguntaban, por ejemplo, si los indígenas podrían razonar. Si había que destruir culturas consideradas obras del maligno y por tanto contrarias a la fe. Si los nativos tendrían algún derecho o simplemente habían nacido para ser súbditos. Por lo demás, había que contar con las enormes extensiones geográficas, los climas adversos, las lenguas nuevas y otras dificultades semejantes.

Los primeros evangelizadores de América necesitaban entender la manera de ser de los pueblos indígenas, tenían que aprender sus lenguas y conocer sus costumbres. Debían actuar con sabiduría para despertar la conversión. Era necesario fundar comunidades cristianas sobre cimientos nuevos, con personas distintas y en situaciones desconocidas. Debían organizar una Iglesia sin copiar el modelo que traían de la metrópoli.

La cristianización de los pueblos americanos con frecuencia se realizó a través de la administración de sacramentos a multitudes o grupos que apenas tenían los rudimentos de la fe. Era más fuerte en muchos casos la preocupación por aumentar el número de cristianos, que por prepararlos adecuadamente para su entrada a la Iglesia.

Sin embargo, cuanto la Iglesia echó raíces se fue formando una rica experiencia catequética, por medio de la cual se afianzó en muchos sitios la primera evangelización. Nacieron así muchas actividades catequísticas notables.⁸

La catequesis latinoamericana fue obra de muchos catequistas autóctonos

La catequesis se inculcó rápidamente en la persona de los catequistas na-

7. Ver obras citadas.

8. Ibid.

tivos de América. SD sostiene con razón que la obra evangelizadora pronto se desarrolló gracias a la presencia sobresaliente de catequistas indígenas y afro-americanos. Les llama "instrumentos privilegiados". Ellos eran conocidos como "fiscales", "mandones", "doctrineros", "misioneros ambulantes", "intérpretes", "misioneros espontáneos". Eran verdaderos portavoces oficiales, ministros de la Palabra enraizados en la comunidad y entregados al cultivo, crecimiento y perseverancia de la fe.

Es interesante destacar el papel desempeñado por los niños y los jóvenes catequistas.⁹

Esta primera inculturación del Evangelio en la persona de los catequistas manifiesta no sólo la profundidad que ha de buscar toda evangelización, sino que marca además un criterio misionero fundamental para el que quiera establecer una auténtica comunicación entre el Evangelio universal, la historia y las culturas de los pueblos (SD 230).

Concluyendo: la catequesis ha de considerarse primeramente como un verdadero ministerio profético, consustancial a la evangelización y jamás como una añadidura o tarea menor. En segundo lugar, debe asumir el riesgo de la búsqueda creativa que asegure la actualización y el permanente dinamismo de la catequesis. Si desea colaborar eficazmente en los proyectos históricos de los pueblos, está obligado a nutrirse de los signos de su historia. Finalmente no se puede olvidar que toda inculturación del Evangelio se inicia siempre en el corazón de las personas, en la conversión profunda que las hace creyentes, discípulos y testigos que construyen el Reino con la materia prima de su historia y de su cultura.

2. LA CATEQUESIS ACTUALIZACION DE JESUCRISTO, EVANGELIO DEL PADRE Y EVANGELIZADOR VIVIENTE EN SU IGLESIA

Según lo atestiguan los evangelios, la pregunta que más frecuentemente plantearon a Jesús es la que se refiere a su identidad. ¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes? ¿Quién es este? ¿Eres tú el que ha de venir? ¿Por quién te tienes? ¿Qué dices de ti mismo?. Te conjuro a que me respondas si tú eres el Hijo del Altísimo.... La teología a través de todos sus esfuerzos ha intentado responder en el fondo a la misma pregunta de los evangelios. ¿Quién es Jesús?

El pueblo cristiano por su parte, mediante su experiencia de Jesús, su culto y su devoción sencilla a él, también va dando respuesta a la misma cuestión,

9. Ibid.

sólo que de manera concreta y práctica. La experiencia cristológica de su fe se hace vivencia mística y contemplativa en la religiosidad popular.

En SD la Iglesia Latinoamericana ha querido proclamar una vez más su fe en este centro de gravedad de su existencia que es Jesucristo; su quehacer teológico y su vivencia celebrativa, contemplativa y pastoral, han querido gravitar en torno a la persona de Jesús.

SD ha subrayado la vocación evangelizadora de la Iglesia centrándola en la experiencia cristocéntrica de su fe. Nos ha propuesto a Jesucristo como hilo conductor y clave mayor que unifica y hace comprender el documento. Se diría que SD trata de mirar a América Latina con la mirada del Padre, a través de los ojos de Jesús, expresados en el rostro de la Iglesia. Por eso sus tres grandes partes son cristocéntricas. Por eso también sus temas principales deben leerse en clave cristológica, si de verdad se quieren comprender.

La Iglesia Latinoamericana profesa que en Jesús de Nazareth, Hijo de Dios, Hijo de María y Ungido del Espíritu, toda realidad ha sido asumida definitivamente y transformada por el misterioso gesto de su Encarnación. El es el hombre nuevo, el modelo de hombre y el horizonte de toda promoción humana y de toda cultura. Ayer, hoy y siempre es el Evangelio del Padre, signo, presencia y realización del Reino.

Proclama que Jesús es la clave para dar sentido a los enigmas que aquejan la existencia. Es el único camino normativo que inspira toda lucha liberadora, toda transformación de estructuras de pecado y toda opción preferente por el pobre. El es la única y absoluta respuesta del Padre a los grandes desafíos que nos plantea América Latina, pero al mismo tiempo es la gran pregunta de Dios que cuestiona nuestras múltiples idolatrías, fincadas sobre la codicia, el egoísmo y el orgullo.

SD testifica que Jesús es el Señor de la vida y de la historia. Es Palabra que convoca a la conversión y nos propone a la Iglesia como signo que se acoge, expresando la acogida que se hace de él mismo, Jesús es alfa y omega, principio y término. Por eso SD lo propondrá continuamente como el pleroma del hombre, de Dios, de la historia, de la cultura y de la Iglesia.

De cara a Jesucristo, SD espera de la catequesis que sea, por una parte, Evangelio viviente, y por la otra, que se exprese como tarea evangelizadora. Veamos en qué sentido.

La catequesis evangelio viviente

Como Evangelio viviente la catequesis necesita recuperar los acentos de esperanza gozosa, que pone a los creyentes en condiciones de descubrir al Dios vivo aliado de la historia en Jesucristo. Despertar la capacidad de asombro ante la Buena Nueva que devuelve a los discípulos el sentido de la vida y los deseos de seguir colaborando con el designio de Dios. El Dios de Jesucristo supera siempre las cortas esperanzas humanas.

Aquí radica la experiencia fundamental de la conversión que se traduce en celebración gozosa de las maravillas de Dios pregonadas con los labios, con el corazón y con el seguimiento perseverante del Señor Jesucristo.

Proclamación, celebración y seguimiento, constituyen tareas centrales de una catequesis que quiera tocar los puntos vitales donde se gestan las opciones que orientan la existencia en dirección del Padre.

Como Evangelio, la catequesis introduce en la vivencia de Jesucristo, sabiduría de Dios, enseñando a juzgar toda realidad a partir de la mirada que el Padre refleja en el rostro de su Hijo. El mundo, la historia y las personas se comprenden en profundidad cuanto se las contempla desde la mirada de Jesús.

La catequesis, tarea evangelizadora

Como evangelizadora, la catequesis se inspira en el servicio evangelizador de Jesús que nos revela con su Palabra y con su vida las realidades que constituyen el corazón de su ministerio.

- En primer término, una clara preferencia por el pobre, el humillado y el débil a quién busca restituirle su dignidad de hijo, de hermano y de señor, liberándolo de toda opresión indigna de su vocación original.
- Una aceptación incondicional de la voluntad del Padre que se va revelando amorosamente en el tejido complejo y ambiguo de la historia humana.
- Una actitud obediente al Espíritu, precursor acompañante y continuador del designio del Padre cumplido en la persona de Jesús.
- Una proclamación del Evangelio del Reino en palabras, hechos y prodigios, entre los cuales sobresale su victoria definitiva sobre todas las formas de la muerte.

Como tarea evangelizadora la catequesis latinoamericana realiza también su cometido a través de la fuerza perseverante con que anuncia a Jesucristo en las circunstancias particulares que vive el Continente: desde la situación

generalizada de muchos bautizados que no dieron su adhesión personal a Jesucristo por la conversión primera, se impone en esta tarea de modo prioritario fundamental la proclamación vigorosa del anuncio de Jesús Muerto y Resucitado, raíz de toda evangelización, fundamento de toda promoción humana y principio de toda auténtica cultura cristiana (SD 33).

3. LA CATEQUESIS LATINOAMERICANA EN LA NUEVA EVANGELIZACION

La catequesis latinoamericana está íntimamente ligada a la Nueva Evangelización desde el instante en que la Iglesia ha sido convocada a realizar este proyecto. Tendría que preguntarse lo que significa para ella educar la fe con la novedad que se espera de su quehacer. Tendría que reflexionar si acaso una Nueva Evangelización no exigirá igualmente una nueva catequesis ya que ésta solo existe en la Iglesia para servir a aquélla.

Al abordar SD el tema de la Nueva Evangelización nos propone sus elementos esenciales tratando de ilustrarnos acerca del pensamiento del Papa que la llama "elemento englobante o idea central" (SD 22).

Partiendo de la pregunta qué es la Nueva Evangelización, responde clarificando el sentido exacto con que debe entenderse. Hubo una primera evangelización que no puede considerarse inválida. Asienta que hoy existen nuevos desafíos socio-culturales y eclesiales. Sostiene que no se quiere proponer un Evangelio distinto, ni se trata de prescindir de los valores heredados de la primera evangelización. Por el contrario, se trata de dinamizar la obra entera de la evangelización en orden a la conversión centrada en Jesucristo, su principio fontal, su centro de gravedad y su fuerza de irradiación.

SD afirma que hay un viento nuevo como el de Pentecostés por medio del cual la Iglesia entera quiere hacer historia, construyendo la justicia e implantando la Buena Nueva en el corazón de las culturas (SD 24).

SD nos recuerda también lo que ya documentos eclesiales anteriores habían señalado: el sujeto de la Nueva Evangelización es la comunidad entera (SD 25); su finalidad y destinatarios son todos los hombres y mujeres urgidos de conversión cuyas condiciones de vida son adversas a la fe (SD 26); su contenido reside en la persona de Jesús proclamada y acogida en la riqueza inagotable de su Misterio, que se expresa en la Palabra de Dios, en la comunidad creyente y en el Espíritu, autor de la misión (SD 27). La evangelización para ser nueva ha de revestirse de la santidad del Padre (ardor), ha de ser pedagógicamente creativa como el Espíritu lo es (método) y ha de familiarizarse encarnativamente con los lenguajes de las culturas antiguas y nuevas (expresión) (SD 28-30).

SD ha enmarcado la Nueva Evangelización en un contexto más amplio. El de una Iglesia contemplativa, profética y celebrante, ministerial y jerárquica, misionera, liberadora y atenta a los distintos grupos que requieren un tratamiento pastoral específico (SD 31-156).

Cabría preguntarse: ¿De qué forma la catequesis ha de secundar a la Nueva Evangelización? ¿Qué relaciones hay que establecer para que la Nueva Evangelización se traduzca en nueva catequesis?

Por un lado la catequesis hace suyos todos los planteamientos propuestos por la Nueva Evangelización. Son fundamentales y necesarios. Por el otro, es claro que la catequesis necesita subrayar algunos aspectos particularmente urgentes para ella desde la perspectiva que le plantea la Nueva Evangelización. He aquí algunos:

Un ministerio teológicamente sustancial

Se trata de que la catequesis no pierda el sentido de lo que es fundamental e irremplazable en su quehacer. Necesita asumir de una vez por todas el cristocentrismo que articula y se proyecta en todas las expresiones del mensaje salvador, superando las catequesis que no han pregonado a un Cristo integral.

La catequesis sólo tiene un mensaje que debe entregar con fidelidad total y en relación a la vida concreta de los hombres. A partir de la conversión inicial manifiesta que en la persona de Jesús, en su vida, en su obra y sus palabras, está el proyecto del Padre y la clave para comprendernos a nosotros mismos, para relacionarnos con él y con las personas, para juzgar la realidad y para interpretar en la fe los acontecimientos de nuestra vida.

En el centro, pues, de la catequesis encontramos esencialmente a la persona de Jesús. La Iglesia inseparable de él, vive en la conciencia de ser su sacramento y transparencia en el mundo. Por eso lleva a los creyentes a escudriñar el Misterio de Jesús, proponiendo todos los demás aspectos del mensaje cristiano, siempre en referencia a él, asegurando la integridad, la unidad y la jerarquía de los contenidos.¹⁰

Un misterio creativamente realizado

Nos ha tocado vivir un período de la historia en que la creatividad se ha llevado hasta la obsesión. Estamos en un mundo febrilmente creativo. Quien no lo es, está condenado a la parálisis y al inmovilismo y de allí a la marginación.

10. Ver 10 Documentos Eclesiales con Índice Analítico, Ed. Progreso 1987, p. 502

No hay otra alternativa: o se es creativo y protagonista de la historia contemporánea, o se es repetitivo y simple espectador de la misma.

Sabemos, por una parte, que la creatividad humana es una vocación inherente a la persona (nace potencialmente creativa), requiere de estímulos y de educación y se enfrenta a desafíos y obstáculos ligados al medio ambiente. Por otra parte, los creyentes estamos persuadidos de que el Espíritu del Señor, la vida teologal y el seguimiento de Cristo son fuerzas que reclaman creatividad continua. Sólo así se puede ser realmente fiel discípulo.

La catequesis como actividad creativa de la fe, sólo podrá realizarse si responde a estos imperativos básicos.

- a) Sensibilidad para ubicarse lúcidamente en su momento histórico, en su realidad socio-cultural y en su contexto eclesial concreto.
- b) Búsqueda permanente a través de un discernimiento que persigue la actualidad en todo lo que haga por el Evangelio y sus destinatarios.
- c) Claridad en las opciones que se encuentran en la base de los proyectos catequísticos, los cuales han de nutrirse de fidelidades insoslayables: al Padre y a su Evangelio, a las aspiraciones del hombre actual, a la Iglesia y a la vocación que cada uno tenga en ella.

Un ministerio evangélicamente crítico

La catequesis ha ofrecido en todo tiempo un proyecto de vida (adherirse a Cristo y seguirlo), que está en contraste con proyectos opuestos al designio de Dios. Es la locura de la cruz.

El conflicto ha sido ineludible. "Los dos señores" que reclaman el corazón del hombre continúan en el escenario de la historia. El Dios de la vida revelado en Jesús y los ídolos portadores de muerte siguen disputándose la libertad humana. Y en medio, el hombre ante la disyuntiva y ante él, la revelación que le ofrece un significado distinto para su existencia.

En la Iglesia latinoamericana "la catequesis eminentemente evangelizadora" de Medellín, además de asumir creativamente las situaciones plurales del Continente, se reviste de una fuerza profética.

Rica en matices derivados del Evangelio, la catequesis denuncia, critica, cuestiona, interpela, juzga, desenmascara, confronta y valora los signos del antireino, por un lado, y por el otro convoca, propone, anuncia, sugiere y revela que el plan de Dios se encuentra "en las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas".

4. LA CATEQUESIS ANUNCIA LA BUENA NUEVA DE LA PROMOCION HUMANA

Seguando a *Evangelii Nuntiandi*, Medellín y Puebla, SD reafirma esta dimensión de la evangelización y la reconoce como privilegiada. Es probablemente una de las partes mejor logradas en el documento. Su clara fundamentación antropológica, cristológica y social (SD 157-163) ayuda a comprender varias cosas fundamentales que inciden directamente en la catequesis.

- La promoción humana nunca puede considerarse como simple añadidura de la fe o concesión que a ella se le hace.
- En la entraña del Evangelio se encuentra el origen y la inspiración de toda promoción humana.
- El centro, la motivación y el objetivo primordial de toda promoción, es la persona humana como valor superior de la creación.
- Jesucristo es el modelo de hombre y el horizonte de toda humanización.
- La Iglesia no podrá realizarse plenamente como misionera y evangelizadora, si no asume la dimensión promocional como parte esencial de su quehacer.
- La falta de coherencia entre fe que se profesa y caridad que transforma, es una de las principales causas generadoras de la pobreza de nuestros pueblos.
- La evangélica opción preferencial por el pobre tiene su sentido más hondo en el seguimiento de Cristo, en su estilo de vida y en las exigencias de su Palabra en relación con los necesitados.
- Hay una enseñanza del magisterio en materia social: la Doctrina Social de la Iglesia, que hace parte de su misión evangelizadora y tiene el valor de un instrumento de evangelización.

Por eso se comprende que la promoción humana sea vista como dimensión privilegiada de la evangelización, rescatando así uno de los valores más notables de la tradición viva de la Iglesia. En este marco eclesial de carácter promocional y dimensión social, la catequesis descubre un imperativo fundamental; "parte necesaria de toda predicación y catequesis debe ser la Doctrina Social de la Iglesia, que constituye la base y el estímulo de la auténtica opción preferencial por los pobres" (SD 50). Junto a esto, la catequesis no puede ignorar la sensibilidad hacia los signos de los tiempos presentes en los graves problemas que vive el doloroso caminar del Continente. Por eso, no nos sorprende que SD subraye con vehemencia los nuevos signos de los tiempos en el campo de la promoción humana (SD 164-227).

En América Latina la catequesis asume unas tareas muy específicas de cara a lo social.

- 100 - Buscar iluminar a los creyentes sobre su llamado a luchar y a romper con situaciones de pecado social, poniendo en manos de todos el Evangelio de la liberación cristiana y estimulando la efectiva solidaridad sobre todo con quienes son víctimas de los mecanismos sociales al servicio de la opresión.
- 101 - Descubre la necesidad de formar la conciencia moral del cristiano en orden a la transformación de lo temporal según el espíritu del Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia.
- 102 - Se esfuerza en proclamar la Buena Nueva de la justicia que pide igualdad y respeto a la dignidad y a los derechos humanos, como condición indispensable de fraternidad. El respeto a la vida en todas sus formas es una batalla que la catequesis debe librar en un Continente poblado de signos de muerte.

La enseñanza y la práctica social de la Iglesia han de considerarse como fuente inspiradora de la catequesis, sobre todo, al observar que la fe se enfrenta hoy a múltiples problemas sociales que requieren de criterios evangélicos para juzgar y realizar las tareas cristianas de transformación.

5. LA CATEQUESIS EN LA REALIDAD PLURICULTURAL DE AMERICA LATINA

La forma peculiar como un pueblo realiza su proyecto histórico y responde creativamente a los desafíos de la existencia, es lo que entendemos hoy por cultura. Es la forma específica como un pueblo concretiza sus grandes aspiraciones.

Realidad compleja y englobante, la cultura incluye: a) el conjunto de relaciones vitales de un pueblo con su entorno (cósmicas, históricas, sociales, trascendentales); b) los valores y contravalores que constituyen la fuente de los criterios de juicio y del sentido que se da a la vida; c) las matrices culturales que son los centros generadores de la identidad de un pueblo (educación, religión, historia...); d) los comportamientos individuales y colectivos que reflejan una determinada ética; e) la cosmovisión, es decir, la forma como interpreta, comprende y actúa sobre la realidad un pueblo; f) las múltiples expresiones, símbolos y lenguajes que hacen de la cultura un todo integrado, comunicable y dialogante.

La cultura así entendida es posible el tema que SD ha querido acentuar con más originalidad en relación al Evangelio y ello, por razones históricas: 500 años de una ruta en común con resultados desiguales (SD 16), por razones teológicas: lo que no pasa por Cristo no podrá quedar redimido (SD 228); y por razones pastorales: la crisis cultural de proporciones insospechadas es desafío

gigantesco para la inculturación del Evangelio, lo que unido a la situación multiétnica y pluricultural del Continente, lo hacen más grave (SD 230 y 244).

La Iglesia latinoamericana está sostenida por una nueva relación entre Evangelio y culturas. En efecto, superando la concepción de la cultura como simple acumulación elitista de conocimientos o como destinatario puramente pasivo, SD la entiende como protagonista dentro de un proceso marcado por la reciprocidad: la cultura es a un tiempo espacio, interlocutora y agente cuya mediación es absolutamente indispensable para forjar una síntesis nueva, surgida del encuentro Evangelio-culturas.

En este contexto se entiende por qué evangelizar las culturas es un imperativo categórico que pide de la Iglesia favorecer el encuentro profundo entre el sujeto colectivo de la cultura con la realidad integral del Misterio cristiano en orden a la recíproca fecundación (SD 229).

Igualmente se comprende por qué la inculturación del Evangelio es proceso pedagógico, mediación y objetivo, para asegurar que el Evangelio eche raíces en el corazón de la cultura, y ésta haga su entrada en la comunidad cristiana que lo reexpresa después de previa asimilación (SD 230, 256).

La catequesis es mediación profética entre Evangelio y cultura

En el ministerio profético de la Iglesia, la catequesis ocupó siempre un sitio singular, consolidándose pronto como tarea indispensable para el crecimiento y maduración de la comunidad cristiana. Es una experiencia tan antigua como la Iglesia, que la situó a menudo en el centro de su diálogo Evangelio-culturas (Cfr. CT 10-17; SD 33).

La primera evangelización de América Latina estuvo también acompañada y secundada por una primera catequesis. Por la mediación catequética, unida a otras mediaciones eclesiales (liturgia, teología, arte, predicación...) el Evangelio se hacía palabra inculturada y la cultura realidad evangelizada. La catequesis facilitaba que el Evangelio se hiciera gradualmente cultura y la cultura Evangelio. Proceso históricamente lento, a veces consciente, a menudo inconsciente, pero siempre real y sostenido.

Es de notar que la mediación catequética se daba preferencialmente en un nivel popular, pues suele ser el más espontáneo y auténtico en la cultura de un pueblo, por lo mismo, el que mejor asimila los valores de la conversión.

La catequesis es pedagogía de inculturación revelada

En una mirada catequética de la revelación se llega a la convicción de que ella es sustancialmente una pedagogía que se manifiesta en modalidades diversas y convergentes.

En primer lugar las culturas son espacios que reflejan el señorío del hombre y de su espíritu creativo. Su vocación en el cosmos y en la historia se hace proyecto que recoge aspiraciones mayores y valores centrales. Por eso puede proclamarse con certeza cristiana que el Verbo eterno de Dios, antes de salvarlo todo y de recapitularlo todo en Cristo, estaba en el mundo como luz verdadera que ilumina a todo hombre (Jn. 1,9). Por eso mismo se pregona como imperativo evangelizador que los cristianos deben descubrir con gozo y respeto las semillas del Verbo contenidas en las culturas.¹¹

Las culturas pueden considerarse como espacios donde se opera en forma analógica una especie de encarnación anticipada. Son poseídas por el Espíritu que encarna la Palabra de alguna manera en ellas, suscitando valores, sabiduría, espiritualidad, bondad, belleza, verdad, justicia, dignidad, derechos inviolables. Hay una presencia misteriosa de Dios que anima desde su interior una historia de salvación.

Por otro lado, ese Verbo presente en las culturas se hace judío, se encarna en una cultura, se incultura en un pueblo. Se constituye de este modo en punto universal de llegada de las múltiples presencias de Dios en las culturas precristianas. En punto de llegada también del largo camino espiritual de Israel que aprende a regustar en su historia las muchas formas de presencia de Dios en la Alianza que se le entrega como simiente y promesa de la era mesiánica del Reino. El Verbo encarnado se erige igualmente en punto fundamental de partida para valorar toda cultura llamada a la conversión.

La presencia encarnada de Jesús en la cultura judía revela en forma absoluta la conducta irreversible de Dios, que sella toda cultura con su opción definitiva en favor de todo hombre y de todo grupo cultural. Es este el sentido de la expresión patristica: "lo que no es asumido no puede ser redimido".

Podría decirse que así como las entrañas físicas de María ofrecieron su carne humana al Verbo para asumir la cultura de su pueblo, cada cultura es semejante a unas entrañas donde sigue revistiéndose el Verbo de la carne de cada grupo humano.

11. Ver Ad Gentes No. 11, teniendo en cuenta el cuerpo doctrinal que sobre el tema Evangelización de la Cultura e Inculturación del Evangelio nos ha ofrecido el Papa Juan Pablo II.

Para hacer su camino, la catequesis va nutriéndose de esta indispensable pedagogía divina que se revela a través de un itinerario paciente, misterioso y progresivo. La pedagogía de la catequesis, como la de Dios, consistirá en ir adoptando las formas concretas que tiene cada pueblo para buscar a Dios y encontrarse con él. Cada hombre y cada cultura son como "un alfabeto" que la catequesis necesita conocer para saber leer los signos de Dios. Así podrá hacer presente el Evangelio como Buena Noticia que asume, disciente, juzga y propicia rupturas, pero siempre en vistas de la plenitud. (SD 243).

La catequesis ministerio para la inculturación del Evangelio

SD enseña que el Evangelio se incultura a la luz de los tres grandes misterios cristianos de la salvación: Navidad, Pascua y Pentecostés (SD 230) Esta novedosa reflexión induce a pensar en una serie de tareas que la catequesis no puede desconocer.

Para inculturar el Evangelio la catequesis necesita ante todo dejarse poseer por la Palabra de Dios

Esto significa que su fuerza de penetración cultural se despliega en la medida en que es auténtica portadora de esa Palabra que transforma. Dejándose poseer por ella, la catequesis podrá ser verdadera resonancia y fiel transparencia que actualiza en toda época y en cada cultura la absoluta certeza de que Dios continúa salvando gratuitamente. Sin interiorización y asimilación de la Palabra de Dios, no es posible la inculturación catequética del Evangelio.

Para inculturar el Evangelio, la catequesis tiene que ser sensible a los diversos espacios culturales a los que está destinada

Ser sensible a estos espacios implica para la catequesis ejercitarse en algunas actitudes básicas emanadas de la Encarnación: la inserción que llega hasta las raíces profundas de la vida, la acogida que reconoce sin prejuicios la dignidad de toda cultura, la escucha que reconoce las voces de Dios en las expresiones culturales de los pueblos; el diálogo que comparte y confronta valores, criterios y cosmovisiones, el anuncio que llama a la conversión, a la ruptura y a la plenitud, fundadas en el querer salvador de Dios para toda cultura.

Desde esta perspectiva la catequesis latinoamericana ha de tener también un carácter multiétnico y pluricultural igual que el Continente donde ella se realiza, pues en él conviven pueblos aborígenes, afroamericanos, mestizos y descendientes de europeos y asiáticos, cada cual con su propia cultura que les da su respectiva identidad social (SD 44), de la misma manera habrá que

considerar la cultura moderna concentrada principalmente en la ciudad cuya influencia es determinante en la sociedad latinoamericana (SD 252-262).

Para inculturar el Evangelio, la catequesis tiene que conservar muy claro su objetivo primordial

La catequesis reconoce que en el horizonte de su quehacer está la liberación integral de todo hombre y de toda mujer, de todo pueblo, cultura y grupo humano. Ha de acercarse a todo destinatario cultural con el solo propósito de que en él se fortalezca su identidad y confíe en su futuro (en oposición a los poderes de la muerte) y en la perspectiva de Cristo encarnado que salvó al hombre desde la debilidad, la pobreza y la cruz redentora (SD 243).

Para inculturar el Evangelio, la catequesis necesita ajustarse a los principios básicos de todo proceso de inculturación

- a) Originalidad. En el principio hay dos originalidades que se encuentran: la del hombre que forja la cultura con su espíritu creador y la de Dios, que ofrece gratuitamente a la cultura su plan de salvación revelado en Jesús y proclamado por la Iglesia.
- b) Discernimiento. En las culturas ya hay semillas del Verbo (valores, sabiduría, espiritualidad), pero no todo lo que hay en las culturas son semillas del Verbo. Se requiere dialogar y discernir.
- c) Sustancialidad. Hay que proclamar en toda cultura los elementos que constituyen la substancia de la revelación, proponiéndolos integralmente.
- d) Asimilación. Los elementos de la revelación son aptos para encarnarse en toda cultura que los puede acoger, entender, interpretar y asimilar dentro de su propia experiencia.
- e) Transformación. Los elementos del Evangelio recibidos por la cultura, la transforman, la juzgan, la elevan y le dan plenitud, produciéndose una síntesis nueva.
- f) Reciprocidad. La cultura a su vez enriquece las expresiones del Evangelio, dándole un rostro cultural y entrando a formar parte de la tradición viva de la comunidad cristiana. Surgen así, signos de fe inculturada que se expresan en la teología, la espiritualidad, la liturgia, el arte y los comportamientos.
- g) Universalismo. El Evangelio, sin embargo, no agota su riqueza, ni está sometido a ninguna cultura. Sigue siendo universal y apto para inculturarse en todas las culturas de los pueblos o de los grupos humanos.

6. LOS CATEQUISTAS EN EL PROYECTO EVANGELIZADOR DE SANTO DOMINGO

Aunque SD sólo se ocupa específicamente de los catequistas en cinco ocasiones (SD 19, 41, 45, 49 y 265), se puede suponer que los incluye siempre que se refiere a los diversos agentes de la Nueva Evangelización.

Es interesante explicitar el perfil que SD traza de los catequistas.

Los catequistas son generosos protagonistas de la obra evangelizadora de la Iglesia (SD 19)

En este texto se acentúan con fuerza los siguientes elementos de su perfil:

- a) Han servido con perseverancia a la evangelización desde sus inicios, como parte de una tarea eclesial conjunta.
- b) Su quehacer se entiende como obra del Espíritu, autor de toda evangelización.
- c) Realizan la catequesis desde su condición de hijos de su cultura.
- d) Junto a otros muchos evangelizadores, los catequistas tienen su mayor fuerza en la santidad de su vida.
- e) Su actividad va unida a una continua creatividad que sabe utilizar todos los recursos para hacer presente el Evangelio.

Los catequistas han cumplido su servicio eclesial a menudo con la ofrenda martirial de sus vidas (SD 41)

En este público reconocimiento a los catequistas SD pone de manifiesto tres realidades que son inseparables en la vida de todo auténtico catequista: la pobreza, la diaconía y el martirio.

Condición de la gran mayoría de los catequistas latinoamericanos es la de no ser los hombres y las mujeres "importantes" en la comunidad. Son en general personas sencillas y pobres que dan gratuitamente su tiempo y su trabajo. En muchos casos no han recibido una preparación suficiente. Trabajan en condiciones muy difíciles, sin medios, sin apoyo ni estímulos que los alienten en su trabajo. No siempre son valorados por la comunidad, que los mira ocupados en la catequesis porque se cree que no tuvieron capacidad para otras actividades de mayor importancia.

Junto a lo anterior existen entre los catequistas personalidades reconocidas por la comunidad cristiana. Hombres y mujeres maduros en su fe, auténticos guías, personas con capacidad crítica, con cualidades para organizar y con gran sentido de la creatividad.

Los catequistas agentes de la Nueva Evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana, necesitan una formación de calidad centrada en valores que los hacen capaces de ejercer su ministerio en condiciones desafiantes (SD 45)

Históricamente se puede comprobar que mucho de lo bueno que existe en las comunidades de América Latina, se debe a los catequistas. Igualmente puede constatarse que su acción no ha logrado realizar todas las transformaciones deseadas, cosa que se refleja en las muchas carencias de la fe popular, cuyo origen está en las carencias de los mismos catequistas. Es probable que los catequistas no hayan avanzado al ritmo de los tiempos y de los nuevos problemas que se les plantean. De cualquier forma, es necesaria una formación que favorezca su identidad.

La identidad de los catequistas no puede brotar sino de una profunda experiencia contemplativa de Dios, como principio fontal del seguimiento pastoral de Jesús. En la dinámica de la revelación, nadie puede ser profeta si primero no es testigo del Dios Vivo. De esta experiencia testimonial es de donde surgen catequistas que son ellos mismos Buena Nueva antes de querer progonarla con credibilidad.

La persona del catequista quiere ser la expresión viviente del Dios siempre actual, inédito y sorpresivo. El Dios de la gratuidad inagotable en su Palabra, en sus signos y en sus propuestas, Dios que recrea sin cesar la vida en la historia de su pueblo. Dios que habla con acentos siempre nuevos y se revela con rostros siempre irrepitibles.

Por eso, bien señala SD que la formación de los catequistas ha de centrarse primordialmente en una recia espiritualidad cuyas raíces son la primacía de la gracia de Dios que salva por Jesucristo en la Iglesia, por medio de la caridad vivida y a través de la eficacia de los sacramentos.

La Nueva Evangelización necesita catequistas capaces de ser instrumentos eficaces de inculturación (SD 49)

La cultura es destinatario colectivo del Evangelio, donde el catequista se define de la siguiente manera:

- Está llamado a realizar una catequesis kerygmática y misionera, que responda a la situación generalizada de muchos bautizados en América Latina, que no dieron su adhesión personal a Jesucristo por la conversión primera (SD 33).
- El catequista es alguien que se siente asociado y es promotor de la

vitalidad de la comunidad eclesial. Su ministerio sólo se justifica y se comprende en el corazón del misterio de la Iglesia que él desea edificar.

- Para realizar lo anterior, el catequista necesita un diálogo permanente con la Palabra de Dios, leída e interpretada en la tradición viva de la Iglesia, con la realidad personal comunitaria y social para responder a sus desafíos; y con la catequesis misma, entendida como un proceso ininterrumpido de crecimiento en la vida teológica.

¿Qué puede significar que los catequistas sean llamados instrumentos especialmente eficaces de la inculcación del Evangelio? Significa que hacen suya la pedagogía de Dios revelada en Jesús. Pedagogía modelo de toda inculcación del Evangelio, se presenta como encarnada en el contexto socio-cultural centrada en las personas y enraizada en los valores superiores del Reino de Dios. Pedagogía que crea relaciones nuevas y convoca a un ejercicio responsable de la libertad. Pedagogía del amor que libera para dar la vida por los amados. Pedagogía de los signos creíbles, que nacen de la autenticidad de la vida. Pedagogía que tiene su fuerza mayor en el servicio como actitud de pobreza para promover lo mejor que hay en cada hombre y en cada cultura, impulsando en ellos una esperanza creativa.

El catequista como educador busca realizar un proyecto de hombre y de sociedad fundados en la persona de Jesús (SD 265)

En este contexto se llama evangelizador y catequista el maestro cristiano diciendo de él que está llamado a proponer valores emanados de Jesús.

Pero en el amplio contexto de la Nueva Evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana, se debe destacar el alcance que tiene la tarea del catequista como educador de la fe y llamado a humanizar la existencia desde el Evangelio. Esto va a representar para él varios imperativos claramente resaltados en Santo Domingo.

- Asumir en la teoría y en la praxis, "la promoción humana como dimensión privilegiada de la evangelización" (SD 157 y 158), superando finalmente la discutible postura de quien piensa que se evangeliza más por ejemplo, preparando a los sacramentos que sensibilizando a la comunidad para defender sus derechos humanos inviolables.
- Adoptar "los nuevos signos de los tiempos en el campo de la promoción humana" (SD 159 al 227), como programa de vida y contenido indispensable de la Nueva Evangelización. No se puede ignorar el reto que nos plantea la familia latinoamericana con su

compleja problemática y su situación de postración. La familia es considerada hoy frontera de la Nueva Evangelización.

Si de veras el catequista desea impulsar al hombre nuevo y a la nueva humanidad, no puede dejar de lado esta exigencia. Del catequista se espera, en efecto, que sepa interpretar los signos cargados de la fuerza interpelante de Dios. En ellos se reflejan las aspiraciones de los hombres y su conciencia solidaria. En ellos se nos revelan las intenciones liberadoras del Señor.

Saber leer las expresiones pequeñas y grandes, cotidianas y extraordinarias, sencillas y complejas de las culturas, las etnias, los grupos humanos y los ambientes como la ciudad, el mundo obrero, campesino, intelectual.

Los catequistas son hijos de una cultura. Tienen una sensibilidad inculcada, hablan un lenguaje verbal y no verbal, están inmersos en su universo cultural colectivo, por eso su formación no debe despojarse de eso, ni siquiera tiene derecho a silenciarlo. Por el contrario, ha de estimular las potencialidades culturales que ellos ofrecen como portadoras del Evangelio.

Los catequistas necesitan un lenguaje verdaderamente comunicador (SD 279, 286). Entendemos por lenguaje toda realidad que sirve al intercambio de la vida. Es elemento substancial de comunicación y convivencia, vehículo indispensable para la puesta con común de la existencia. Sin lenguaje no puede haber comunión profunda.

En nuestro tiempo es aún más urgente que la comunicación, el lenguaje y sus medios tengan un lugar de privilegio en la vida de los catequistas. Un fenómeno moderno fácilmente comprobable es que quien tiene el poder de la comunicación tiene los demás poderes. El más persuasivo, el que más estremece, impacta y fascina ése es el verdadero señor del mundo actual.

Apoyados en las razones teológicas (SD 279), en los desafíos y líneas pastorales (SD 280 al 286) que nos propone el Documento, no pueden dejar de acentuarse algunas cosas que conciernen muy de cerca a los catequistas y a todos los evangelizadores:

- La cultura moderna, ubicada preferentemente en la ciudad, ha hecho de la comunicación y de sus medios una especie de religión a la que se sacrifica tiempo, dinero, tecnología, familia y aún la vida misma con tal de conseguir la noticia fresca.
- Gran parte de los problemas pastorales son problemas de comunicación y de lenguaje. Hace falta un lenguaje creíble,

persuasivo, auténtico y actual. A menudo en la Iglesia hablamos lenguajes anacrónicos. Nuestra liturgia, predicación, catequesis y literatura eclesial frecuentemente dejan la impresión de que nos dirigimos a auditorios que ya no existen.

Ante los modernos medios de la comunicación humana, pequeños, grupales y masivos, la Iglesia se sumerge en un universo que la lleva a sentirse perpleja e impotente. Hoy existen unos magos de la comunicación moderna, publicistas, telecomunicadores, periodistas, radio comunicadores, cineastas, fotógrafos, expertos en artes gráficas, manipuladores de satélites, agencias internacionales de noticias. Este mundo manifiesta la carrera desventajosa de la Iglesia ante la abundancia de "evangelios seculares" que desde ahí se nos ofrecen.

Con todo, los catequistas deben saber que sólo tienen la Palabra de Dios, el lenguaje del Espíritu y la fuerza de la comunicación enraizada en el misterio de la Encarnación. Jesús, es el Don comunicado, el Don comunicante y el Don comunicable del Padre y el Espíritu al mundo en su Iglesia.

La novedad de la evangelización referida al ardor, al método y a la expresión (SD 28-30), es un proyecto centrado básicamente en un lenguaje apto para comunicar la fe. Si entendemos por ardor el testimonio del evangelizador como hombre de las bienaventuranzas, por método la nueva pedagogía para evangelizar en las circunstancias actuales de América Latina, y por expresión la aceptación de signos, símbolos y medios que entienda nuestra generación, entonces estaremos hablando de una convocatoria para pregonar la antigua novedad del Evangelio, con acentos y tonos que estremezcan a nuestros contemporáneos y los pongan en camino hacia la conversión.

CONCLUSION

La Iglesia de la Nueva Evangelización en América Latina quiere generar una nueva catequesis, realizada por nuevos catequistas cuya máxima aspiración consista en edificar al hombre nuevo en una nueva cultura que avanza en la historia para consumarse "en los cielos nuevos y en la tierra nueva".